

Margarita no sabía que responderla.

No tardó mucho Manette en dormirse, tendiéndose sobre el banco.

Margarita reflexionaba con terror sobre su extraña situación, preguntándose por qué puerta podría salir de aquel infierno donde la había arrojado una maquinación diabólica.

XV

El interrogatorio

Margarita Souvray esperaba con el corazón oprimido el momento de comparecer ante el juez, que si era recto no podía menos de ponerla en libertad.

Trascurrió mucho tiempo, durante el cual se abría á veces una puerta y los guardias y dependientes pasaban, empujando á una mujer que desaparecía.

La huérfana de Souvray no se atrevía á recordar su humilde casa de la calle de Douai, por volver á la cual hubiese dado cuanto le restaba de vida. ¿Qué ocurriría allí? Su ausencia debía hacer más dolorosa la agonía de Luisa. La idea de que el joven que había encontrado en noche tan desastrosa para ella, cumpliría su ofrecimiento, le dió algún valor.

Un dependiente se aproximó á ella, preguntándole si se llamaba Souvray, y la condujo á un gran despacho casi desnudo, cuyos adornos eran una gran mesa de roble en el centro, y á lo largo de las paredes casille-

ros llenos de papeles y legajos. Delante de la mesa, y pronto á borrar notas, se sentaba un viejo escribano de rostro cobrizo y cubierta la cabeza con un birrete. Algo más allá, un hombre como de cuarenta años, vestido de negro, leía un papel que acababa de entregarle el empleado que condujo á Margarita.

El papel contenía una nota del despacho del prefecto, concebida en estos términos:

«Confidencial.

»Es indispensable que la nombrada Margarita Souvray esté arrestada hasta dar su consentimiento.»

Y debajo de un sello muy conocido, esta frase amenazadora:

«Orden superior.»

El inspector, pues él era quien leía el papel, miro á Margarita, que se hallaba de pie delante de él, y le preguntó por su nombre.

—Margarita María Souvray—contestó la joven.

—¿Vuestra profesión?

—No tengo ninguna.

El inspector tomó de entre los papeles que había sobre la mesa una larga hoja llena de letras y la consultó rápidamente.

Después dijo:

—¿Qué oficio tenían vuestros padres?

—Mi padre era teniente coronel de caballería.

El inspector dió un salto en su asiento.

—Entonces—dijo—no comprendo... ¿Ha muerto?

—En febrero, sí, señor.

—¿En dónde?

—En una ciudad de la Turena, llamada Serigné.

Al oír este nombre el inspector miró fijamente á la joven. Desde el principio conoció con su gran experiencia que en aquel asunto había un misterio y el nombre de Serigné le proporcionaba la clave.

—¿No es ese el país de Mr. de Serigné, secretario del señor prefecto de policía?

Al hacer esta pregunta detuvo con un gesto al escribano, que iba á hacerlo constar en su escrito.

Margarita respondió:

—No existe familia de ese nombre en aquella ciudad. Tal vez quereis decir monsieur Beroult, que en efecto, se hace llamar de Serigné y que es de aquel país.

El inspector pensó: «Estamos de acuerdo.» Pero á la vez se hacía la siguiente reflexión: «Este Beroult de Serigné es un mozo de porvenir que hace lo que quiere del conde de Magny. No hay que jugar con la consigna.»

Y en seguida expresó su rostro una severidad extraordinaria.

—Poco importa—dijo bruscamente. Lo que acabo de decir, pura curiosidad, nada tiene que ver con lo que nos ocupa. ¿Habeis dicho que no teneis profesión?

—He venido á Paris á buscar un empleo.

—¿Y no lo habeis encontrado?

—Por desgracia, no.

—¿Teneis fortuna?

—Mi padre era rico.

—¿Y no lo sois vos?

—A su muerte no hemos encontrado los títulos de los valores y rentas que poseía.

—¿Tenía mucho?

—Medio millón, próximamente.

—¿Y qué ha sido de esos títulos?

—Si lo supiera no estaría aquí.

—¿De modo que ignorais su paradero?

—Sí, señor.

—Convenid conmigo en que es un caso muy extraño que se evapore medio millón como el humo.

—Sin embargo, es cierto.

—Adelante. En una palabra: ¿carecéis de medios de subsistencia?

La joven bajó la cabeza. Adivinaba en las preguntas del inspector una hostilidad, hija de un mandato, que nada podría desvanecer ni disminuir.

—¿Procurais creároslos?—preguntó de nuevo el inspector.—Por desgracia habéis elegido una mala senda, que ya veis adónde os conduce.

—Señor—dijo la desgraciada—os juro que no soy culpable.

El inspector sonrió.

—¡Culpable! Lo sois, y no lo sois. Este es un caso muy especial. Nadie os acusa de asesinato ni de robo.

—No he hecho nunca ningún daño.

—No digo lo contrario.

—Mi conciencia no me reprocha nada.

—Porque es indulgente, sin duda.

—¿Cuál es mi crimen?

—No se trata de crimen, sino de infracción de los reglamentos... Sencillamente, para emplear un lenguaje figurado, paseábais las calles para adquirir el dinero que os falta.

—¡Es falso!

—Entonces... los agentes que han hecho el proceso verbal y os han arrestado, ¿mienten?...

—No he dicho eso.

—Entonces, ¿qué es lo que decís?

Y siguiendo la relación que tenía á la vista, continuó hablando:

—Mirad: vuestros actos, y hasta vuestros gestos, están consignados, minuto por minuto... Salisteis de vuestro domicilio, en la calle de Douai, á las diez y cinco; á las diez y veinte paseábais por el boulevard Bati-gnolles y plaza Clichy, donde os habéis detenido y conversado con un hombre... ¿Podéis decirme solamente su nombre?

Margarita guardó silencio.

—Callais... Los hechos están patentes. ¿Podéis rectificarlos? No. Habéis marchado juntos algún tiempo, discutiendo un asunto sobre el cual no quiero explicarme... ¿No es verdad?

—Señor....

—No tratéis de defenderos, porque sería inútil, y prefiero advertiroslo... No os habéis puesto de acuerdo y él os ha dejado. Más allá habéis excitado las risas de la mul-

titud con vuestras maneras, y os han insultado. Después, en el instante en que habéis sido presa en la batida, un agente iba á deteneros por el oficio que ejerciais y... sin autorización.

—¡Yo!

—¿Osaréis negar esto?

—Os aseguro...

—¿Sí ó nó?

—Esto ha sido un lazo, no puede ser más que un lazo que se me ha tendido.

—¿Luego confesais? ¡Un lazo! ¿Quién había de tener interés en ello? Si lo sabéis, decidlo.

Margarita se ahogaba de vergüenza, de indignación y de cólera. Tuvo un nombre en los labios, pero pensó que pronunciándolo solo conseguiría atraerse el rigor de aquel juez inicuo, que sería implacable con ella si le oía nombrar á uno de sus jefes.

Y como callaba, el inspector, sin hacer caso de las lágrimas que anegaban los ojos de la joven, ni del temblor nervioso que sacudía todo su cuerpo, dijo al escribano:

—Escribid, puesto que confiesa.

Entonces ella se sublevó contra esta mentira.

—Señor — dijo procurando recobrar su sangre fría, —yo no confieso nada. Vivo en la calle de Douai, tengo una hermana enferma, moribunda quizá, tal vez muerta á estas horas. No tenemos quien nos amparase. Mi padre, un hombre estimado, un soldado honrado, oficial de la Legión de Honor, murió hace algunos meses.

—Ya lo habéis dicho.
—Su fortuna desapareció al mismo tiempo que él.

—¿La habrán robado entonces?

—Sí.

—Eso es inverosímil.

—Pues así es.

—¿Conocéis al culpable?

—Quizás le conozca.

—Perseguidle.

—La justicia humana me pediría pruebas y no las tengo; además, es poderoso y yo no lo soy. Mi hermana y yo somos pobres, pero no se nos puede reprochar nada. Yo no he pedido nada á nadie. ¿Podía impedir que se me acercasen los hombres? Uno de ellos médico; le he hablado de mi hermana enferma y eso es todo: á los demás los he rechazado. ¿Es falta mía que me hayan insultado?

El inspector la interrumpió bruscamente.

—Acabemos, el tiempo urge y tengo muchos asuntos que resolver.

—Señor—dijo la joven juntando las manos—sois hombre, tenéis alma, tenéis corazón. Yo estoy desesperada. Mi hermana se muere sola, sin socorro. Ponedme en libertad, os lo suplico; si queréis, haced que me acompañen y veréis como no miento. ¿Queréis que os lo pida de rodillas?

El inspector, aunque tenía el corazón duro, al fin era hombre y se sentía conmovido por aquella voz desgarradora. Todo en la pobre joven acusaba su sinceridad. Además, el inspector adivinaba lo que ella no decía.

Vaciló, y si no hubiese escuchado más que su propia inspiración, la hubiese puesto en libertad en el acto; pero sus ojos leían en la carta colocada delante de él: «Orden superior.»

Hizo sin embargo una tentativa para salvarla.

—Veamos—le dijo con dulzura—no os turbéis, escuchadme y pesad vuestras respuestas.

—¿No me habéis dicho que vuestro padre era teniente coronel retirado?

—Sí, señor.

—¿Dónde vivíais á su muerte?

—Cerca de Serigné; en una casa de campo.

—¿Vuestra?

—No, mi padre la tenía alquilada.

—Gastabais allí mucho tren?

—Margarita movió la cabeza

—¡Oh! no—dijo—mi padre aborrecía el mundo y vivía muy retirado.

—Bien; pero si hubiéseis tenido medio millón podíais haberos casado. No quisiera dirigiros una galantería, porque no es este el sitio ni la ocasión, pero no me pareceis de las que esperan mucho tiempo un marido.

—Yo debía casarme, en efecto—dijo la joven cuyo rostro se enrojeció—más muerto mi padre y desvanecida nuestra fortuna, el padre de mi prometido recogió su palabra.

—¿Pero os quedaban amigos?

—Teníamos pocas relaciones, y además tuvimos que abandonar el país por sernos imposible vivir en él. Vinimos á París con la esperanza de encontrar ocupación.

La hija del coronel Souvray estaba vendida. Intentó un último esfuerzo.

—Señor—dijo—creo que os han engañado, pues de otra manera no os prestaríais á una infamia, á un abuso de fuerza semejante. Sí; ayer, sin recursos, sin medios, sin lo necesario siquiera para una medicina para mi hermana que se moría, salí con la cabeza perdida sin saber adonde ir, sin tener á nadie á quien pedir auxilio. Un hombre me habló con una piedad que le agradeceré toda mi vida; no le conozco. Otros me injuriaron cuando seguía mi camino sin cuidarme de ellos. Esta es toda la verdad. Un odio tan poderoso como injusto me persigue y veo que nada puedo contra él. Haced de mí lo que queráis. Cumplid las órdenes que se os han dado; prendedme, separadme del lecho mortuario de mi hermana, matadme, torturadme, no obtendréis nada; no me someteré á semejante vergüenza... ¡Jamás!

—¿No?

—No.

—Entonces será preciso obrar. Y al decir esto oprimió el botón de un timbre eléctrico.

—Que vengan dos guardias—dijo al portero que acudió.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

El jefe escribió algunas líneas en un impreso que llevaba en gruesos caracteres este encabezamiento: «Prefectura de policía. Servicio de higiene,» y lo entregó á uno de los agentes que estaban á su lado, diciéndole:

—Bajo vuestra responsabilidad.

El guardia saludó y dirigiendo una mirada á la orden escrita que acababa de entregarle el inspector, no pudo menos de decir para sí:

—¡Pobre joven!

La orden estaba concebida en estos términos:

PRISION DE SAN LAZARO

«La llamada Margarita Souvray será encerrada en una celda hasta su completa sumisión. Orden superior.»

El inspector ordenó que condujesen á Margarita, que al salir miró al jefe con desdenosa altivez.

Cuando el inspector quedó solo con el escribano, se limpió el sudor de la frente y exhaló un suspiro.

El escribano, verdadero gnomo de aquella caverna que parecía una antesala del infierno, colocó el libro en el estante sin decir una palabra, pero su delgado cuerpo ofrecía señales de extraordinaria agitación. La escena que había presenciado le hizo abandonar, quizá por primera vez en la vida, su indiferencia habitual.

—¿Qué teneis, Rabut?—le preguntó el inspector.

—Nada, mi jefe, nada.

—Sí, teneis algo.

—No.

—Sí.

—Bien: ¿quereis saberlo?

—Si se puede...

—Desde luego. Pienso que las ordenes que os han dado son excesivamente severas.

—Lo sabía antes que me lo dijérais.

—Y que sus autores son unos grandes miserables.

El escribano se transfiguraba al decir esto, poseído de indignación.

—¡Psch!—dijo el inspector.—¿Quién sabe?

Entró otra detenida y la conversación no siguió adelante.

Rabut volvió á caer en su insensibilidad de autómeta.

XVI

Aniquilamiento.

Pasaron tres días, tres siglos de reclusión y de aislamiento, interrumpido únicamente por la visita, casi siempre breve, de una especie de fantasma, vestida con un traje extraño, con uno de esos hábitos de religiosa que sólo se ven en las cárceles ó en los manicomios; pero nunca en esos asilos de paz, de recogimiento y de oración, llamados conventos.

En un rincón de una celda de seis metros cuadrados, de alto techo y paredes blanqueadas con cal, Margarita Souvray estaba sentada en un sillón de paja. La pobre huérfana, con los codos apoyados sobre la mesa que con el miserable lecho componía todo el mueblaje de la celda, y el rostro cubierto

con las manos, yacía en ese estado de inmovilidad próximo á la locura. Una ventana alta y estrecha, abierta á ocho pies del suelo, daba luz á la reducida estancia en que la prisionera podía meditar sobre las inscripciones trazadas en la pared por las detenidas que la habían precedido.

En pocos días había cambiado tanto, que su propia hermana no la hubiese conocido. Vestida con la ropa oscura y la cofia, que componen el uniforme de aquella casa tan célebre como siniestra, la librea de la infamia de las mujeres que han perdido su personalidad, la pobre joven permanecía inmóvil.

Un ligero rumor, ya conocido de la prisionera, seguido del ruido de una llave al dar vuelta en la cerradura, precedió á la llegada de una mujer, cuyo flotante hábito la asemejaba á uno de esos espectros que turban el agitado sueño de la fiebre. Fijó una mirada glacial en la joven y la preguntó:

—¿Habéis tomado vuestra resolución?

—No—dijo Margarita, sin levantar la cabeza, evitando la presencia de aquella mujer, que en tres días no había tenido ni una frase de piedad para ella.

La hermana cruzó los brazos y contempló á la joven.

Esta religiosa, perteneciente á la comunidad encargada de la dirección de la cárcel de San Lázaro, aparentaba tener unos cincuenta años y parecía un ser de otro mundo por su indiferencia ante las cosas de éste, como si estuviese en él á pesar suyo.

¡Líbrenos Dios de atacar á estas santas mujeres que se consagran á consolar las miserias humanas!

La hermana Bathilde, que tal era el nombre de esta monja, constituía, sin duda, la excepción de la regla por su implacable severidad, mezcla de mucho orgullo con muy poca caridad.

Sin embargo, el espectáculo que se ofrecía á sus ojos parecía inexplicable. La nueva prisionera era tan diferente á las criaturas encerradas en aquella cárcel donde ella misma se había endurecido, que la estatua de marmol que había en ella se animó por un instante.

—¿Por qué estais tan triste?—preguntó á la detenida con voz que parecía salir de una tumba.

Margarita levantó los ojos hacia la hermana y guardó silencio.

—Se asegura—continuó la religiosa, que os obstináis en negar vuestras faltas... Harías mejor arrepintiéndoos de ellas.—Añadiendo con tono glacial:—¡Dios es misericordioso!

—¿Qué hablais de faltas, hermana mía?—dijo la joven con amargura.—No las he cometido, ó al menos son tan leves que no merecen este suplicio.

La hermana Bathilde murmuró, como hablando consigo misma:

—Desde hace treinta años que estoy en esta casa, ¡cuántas me han dicho lo mismo!

Margarita percibía el movimiento de los labios, pero sin oír las palabras.

—Tengo—dijo—enemigos poderosos que me persiguen con encarnizamiento... ¡Si hay una justicia en el cielo, su triunfo no será eterno!

La hermana murmuró de nuevo, tocándose la frente:

—Es el delirio de la persecución, el principio de la locura....

Y añadió, alzando la voz:

—¿Qué queréis, entonces?

Margarita se levantó con movimiento tan rápido, que sor Bathilde temió que estuviera verdaderamente loca:

—Lo que quiero—gritó la joven en un acceso de cólera—es salir de esta horrible prisión que me trastorna el juicio, volver á ver, no á los que amo, porque solo quiero á una pobre joven como yo, mi hermana, á la que seguramente no veré ya viva, sino la calle, la libertad, el sol, que pertenece á todos.

—Entonces, ¿por qué no os sometéis?

—¿Y vos me lo aconsejáis?

—El poder contra el que queréis luchar es fuerte y os destruirá.

—Ya lo sé. Soy víctima de una maquinación infernal, de la cual no escaparé sino deshonorada y envilecida para siempre. He querido resistir y no puedo; pero quiero salir de aquí en seguida.

—Consentid y sereis libre. Después, la bondad de Dios os salvará del abismo. Es muy profundo, pero tampoco tiene límites el poder de Dios: acordaos de ello.

Estas palabras, pronunciadas con voz mo-

nótona y lenta, casi sepulcral, produjeron en el alma de la hija del coronel el efecto de un alud de nieve. En aquel instante tomó su resolución.

—Bien, sí, dijo con agitación febril: estoy dispuesta. ¿Qué se exige de mí? ¡Hablad pronto!

—¿Debo llamar al director?

—Os lo ruego.

—Calmaos: no tardará en venir.

Margarita se sometía, pero pensando que una vez libre sacudiría aquel yugo por cualquier medio. Lo que deseaba era salir; después, ya vería.

Volvió á abrirse la puerta, presentándose un hombre correctamente vestido, acompañado de sor Bathilde.

—Vamos, hija mía—dijo—ya sabía que me llamarías. No hay cosa como la celda para vencer todas las obstinaciones. Los ignorantes que preconizan otro sistema son unos visionarios. Después de decir esto, presentó un papel á la joven.

—Firmad, pues.

—Puesto que es necesario—dijo Margarita con aire sombrío.

—Podeis no hacerlo—replicó él con indiferencia.

—Si, puedo; como el condenado bajo la guillotina.

Margarita trazó con rabia su firma en la hoja impresa que el director le habia presentado.

—Señor—dijo ella—el acto á que os presentais es peor que un asesinato. Firmo por re-

cobrar mi libertad y no por otra cosa. Decidsele á mis perseguidores. ¡Qué Dios les castigue un día por tanta infamia!

El director sonrió para disimular su emoción.

Dentro de un instante—dijo—estareis en libertad.

Cumplidas ciertas formalidades precisas, el director le dijo antes de salir.

No teneis medios de subsistencia. Acusais quizás en vuestro fuero interno á personas que no abrigan malos sentimientos hacia vos.

—¿Qué lo prueba?

—Uno de ellos me remite mil francos que debo entregaros en el momento de vuestra salida, que ha llegado ya.

—¿Cómo se llama?

—Desea guardar el incógnito por delicadeza. Aquí está la suma.

La joven miró al director sonriéndose con amargura.

—¿Debo firmar algún recibo?

—No.

Margarita vaciló un instante, pero acordándose de su hermana aceptó.

—Sea—dijo—no os pregunto el nombre del donante: le conozco. ¿Estoy ya libre?

—Como el aire; pero con ciertas restricciones, ya lo sabeis.

—Si.

—Adiós, pues.

—Adiós ó hasta la vista.

Margarita se inclinó ligeramente y conducida por una sirvienta atravesó intermi-

nables y oscuros corredores por los que paseaban las detenidas y las religiosas como sombras fantásticas; atravesó patios con árboles con sus cimas quemadas por el sol y rodeados sus troncos por las moféticas emanaciones de las cloacas y llegó á la puerta, por donde salía un convoy de coches celulares.

Por fin se encontró fuera y lanzó un suspiro de alegría.

Su nombre, el honrado nombre de su padre, estaba escrito en el libro infamante: habia firmado su propia condenación; pero estaba libre.

Respiraba ansiosa el aire de la calle y su alma dolorida experimentaba un goce intenso, mezclado con cierta inquietud.

Llevaba mil francos en el bolsillo, una limosna de Roland Beroult, que ella aceptaba como una restitución. Iba á volver á ver á su hermana y quizás al desconocido de la plaza de Clichy, si este habia cumplido su promesa.

Subió á un ómnibus, pasando por entre los viajeros que conversaban animadamente, sin darse cuenta de lo que decían.

Cuando llegó á su casa, la portera le dijo mirándola con aire irritado y casi despreciativo:

—Nos habeis tenido bien inquietas. Cuando se piensa hacer una cosa así, por lo menos se avisa. ¿En dónde habeis estado?

Margarita se dirigió precipitadamente á la escalera sin contestar, y la portera la detuvo.

—¡Señorita!

—¿Qué hay?

—Tomad la llave, porque vuestro cuarto está deshabitado.

—¡Deshabitado! ¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—¡Luisa!...—exclamó la desgraciada.

—Murió al día siguiente de vuestra salida.

—¡Dios mío! ¡Sola, sin socorro!

—No, vino un joven que más parecía abate que médico, y él la asistió en sus últimos momentos. Ayer, cuando se la llevaron, iba solo detrás del ataúd. El ha corrido con todo.

—¿En dónde está enterrada?

—En el cementerio Montmartre. Creo que el joven ha pagado una sepultura perpetua.

—¿Cómo se llama ese joven?

—Pues qué, ¿no le conocéis?

—No.

—¡Calla! Es particular. Yo lo habia tomado por pariente vuestro. Pero no sé quién es, ni dónde vive.

Margarita escuchaba á la portera con los ojos secos y con la desesperación en el alma.

El cementerio de Montmartre estaba cerca y se encaminó hacia él.

Los guardianes le indicaron el sepulcro de su hermana, y arrodillándose ante él, apoyada la frente sobre una piedra, dió libre curso á sus lágrimas, pidiendo á Dios que la llevase consigo.

Por espacio de dos días corrió todo París,